

Migración y colonización de tzotziles en los municipios de Cintalapa y Jiquipilas

Víctor Manuel Esponda Jimeno*

Introducción

Los municipios que conforman el otrora nombrado Valle de las Xiquipilas tienen remotos antecedentes en su poblamiento y colonización. Desde tiempos prehispánicos se tiene evidencia de migrantes de diversa filiación étnica. Las exploraciones arqueológicas indican que en esta región se asentaron preolmecas y olmecas; fuentes antiguas refieren la presencia de mixes-zoques, popolucas, zapotecos y posteriormente nahuas.

Los escritos de los cronistas tempranos consignan que la población del Valle de las Xiquipilas, que incluía a los poblados de Jiquipilas la Chica (San Juan Ocozocoautla, un tanto alejado del valle), Xiquipilas la Grande (San Pedro Jiquipilas, el actual), Tacuazintepeque (Santo Domingo, Santiago, Candelaria, ya extinto y arruinado) y Santa María Magdalena de la Pita (llamado Pueblo Nuevo, por haberse fundado a principios de 1600, también arruinado), así como varias estancias de ganado mayor, ya desaparecidas, los habitaban naturales de las etnias mixe-zoqueanas, aunque la lengua oficial, o de contacto lo era la náhuatl, como lo confirma la documentación de archivo que he revisado.

* Centro de Estudios Superiores de México y Centro América, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, Cuerpo Académico Patrimonio Sociocultural.

La configuración étnica del Valle era pues mayoritariamente zoque, aunque el padre Antonio de Ciudad Real, escribano del padre Alonso Ponce, reporta que hablaban la lengua mixe, idioma muy similar al zoque, razón por la cual pudo haberla clasificado como tal. Los flujos migratorios de las épocas Prehispánica y Colonial fueron sin duda intensos pues en las fuentes antiguas se consigna que en dicho Valle residían naturales de Chiapa, Ixtapangajoya, Cuxtepeques, Tonalá, Ixtacomitán, Soconusco, Suchiapa y de otros puntos y aún de Centroamérica.

Habiendo avanzado la conquista y colonización española en esta zona, se inició también la conquista “espiritual” que trajo consigo las “reducciones” y repartimientos. Lo primero corrió a cargo de los frailes misioneros, en particular de los dominicos y según fray Antonio de Remesal, fue el padre Antonio de Pamplona el que se ocupó de este asunto, concentrando la población dispersa que se hallaba aislada en parajes y serranías. De acuerdo a un antiguo documento judicial que trata del fundo legal del pueblo de “Santo Domingo Zintalapa” ventilado allá por 1802, los sobrevivientes del desaparecido pueblo de Tacuazintepeque argumentaban que sus antepasados eran oriundos de la región de Coatzacoalcos, quienes cansados de ser molestados y atacados por los piratas que incursionaban frecuentemente en sus caseríos, solicitaron a la Corona Española les concediera solar seguro para establecer su residencia y así se les otorgó el sitio que indistintamente llamaron Zintalapa² o Tacuazín.

En lo que concierne al repartimiento, la tierra se dividió entre civiles y el clero haciéndose mercedes de estancias y haciendas de ganado mayor, entre las más antiguas de éstas cítense las de Toledo, Macuilapa, Nuevo Mundo, El Chilillo, La Gironda, santa Bárbara, santa Ursula, san Francisco, santo Domingo, Soyatengo, santa Catarina, Buena Vista, Llano Grande, san Antonio de Padua, santa Lucía, Nuestra Señora del Rosario, san Bartolomé, así como numerosos trapiches que precisaron de mano de obra “calificada”, motivo por el cual se introdujo un nuevo elemento étnico, los negros y mulatos, que a la postre delinearían un mestizaje *sui generis*, conformando, con el paso del tiempo, grupos

² En línea recta la distancia que media entre uno y otro es de poco menos de dos kilómetros, y es probable que Zintalapa fuera durante el siglo XVII un anexo de Tacuazintepeque.

de campesinos que por mucho tiempo sirvieron en las numerosas haciendas y otros residiendo en los dos únicos poblados que quedaron, a saber San Pedro Jiquipilas y Santo Domingo Cintalapa. Fue hasta la tercera década del siglo XX en que la economía basada en las haciendas trocó en parte su estructura y funcionamiento al llevarse a cabo el reparto agrario en la época del general Lázaro Cárdenas, tras expropiarse y afectarse buena parte de los terrenos de algunas haciendas para conformar numerosos ejidos, que en la actualidad persisten como colonias o núcleos de población rural que paulatinamente se van transformando en pos del modelo de vida urbana, aunque la ruralidad sea manifiesta en muchos dominios de la vida diaria sobre todo en las esferas productiva y doméstica.

Migración y colonización modernas

Se reputan a las tierras de dicho valle como fértiles y por consiguiente de considerable productividad, y aún de disponer de amplios espacios vírgenes desatendidos y olvidados (éstos, situados fuera del valle); y con esos criterios erróneos se inició la penetración y expansión de migrantes en la porción norte del municipio de Cintalapa. Primero, a finales del XIX una empresa americana deslindadora adquirió para Louis Huller una cuantiosa extensión de terreno para su “colonización” y explotación forestal; luego con el otorgamiento de tierras a campesinos de algunos estados de la república, entre ellos Michoacán, Guerrero y Chihuahua que se les dotó de terrenos nacionales, a la par las empresas madereras, como la Sánchez Monrroy que abrió sendas brechas por la sierra para depredar amplias zonas boscosas de maderas preciosas, áreas que después se aprovecharon por algunas personas para establecer ranchos y abrir pastizales; ello a su vez condujo a la colonización pues en los ejidos del valle había –y hay– una considerable cantidad de ejidatarios sin tierra que reclamaban su derecho. Así, el gobierno les concedió terrenos en aquellos distantes lugares, donde algunos se residieron temporalmente pues su aislamiento y falta de servicios, como de capital, los obligó a retornar a sus ejidos, quedando muchos predios arrendados a rancheros, para cebar ganados.

La zona norte de Cintalapa la conforma una serranía de bosque nebuloso siempre húmedo, en donde abundaba flora y fauna. Colinda esta región con Los Chimalapas, espacio aun no definido legalmente entre Chiapas y Oaxaca, y en tal virtud fue por algún tiempo “tierra de nadie” o en el mejor de los casos se le etiquetó como “terrenos nacionales” para obviar controversias de orden agrario. En dicha región se han establecido núcleos de población mixta, ya de Oaxaca como de Chiapas. En el caso de este último se ha dado facilidades a migrantes sin tierra provenientes de Los Altos, con la finalidad de dotarlos y “hacer presencia chiapaneca” en esa zona “abandonada” y disputada.

Los migrantes de Los Altos son en su mayoría tzotziles de Rayón, Solistahuacán, Pantelhó, Chenalhó, Bochil y todos forman parte del “excedente de población” que ha rebasado la carga demográfica de sus lugares de origen y a éstos les caracteriza un doble rasgo: la incertidumbre, dimanada de la precaria condición de vida que les rodeaba en sus lugares de origen, así como el haber abandonado la religión católica y ser conversos de distintas religiones fundamentalistas. Los colonos de Los Altos han llevado consigo a sus nuevos asentamientos sus antiguas costumbres y tendencias y quizá lo único que no conservan de tradicional es su religión y su actual visión del mundo, los pueblos que han establecido tienen nombres bíblicos, de héroes o políticos.

Los recién establecidos, hasta el momento, siguen hablando tzotzil, piensan en tzotzil y actúan como tales; han cambiado de ropa (muchas de las mujeres aún conservan buena parte de su atuendo original) y emplean el castellano como *lingua franca*, algunos tienen vehículos, son comerciantes, cafeticultores y crían poco ganado, pero siguen fomentando la agricultura de autoconsumo con el tradicional método de chamiceras que ha ocasionado gran perjuicio a los ecosistemas, pues paulatinamente abren nuevos espacios en laderas boscosas que agotan con sucesivas milperías y cuando los terrenos son abandonados, por su intensa explotación agrícola, forestal y pastoreo, no alcanzan la adecuada sucesión ecológica, transformando el paisaje y alterando los ecosistemas.

Sus sementeras son fáciles de identificar, invariablemente son cultivadas con tecnología elemental usando la coa o bastón plantador (una

vara de punta endurecida con fuego) para la siembra, contienen maíz, frijól y calabazas.

Los nuevos colonos incluyen también a tzeltales, tojolabales y algunos choles. Sus viviendas las construyen de madera y las techan con láminas galvanizadas o de cartón, la generalidad tiene pisos de tierra apisonada, y unos pocos los han encementado. La casa es de una sola pieza dividiendo los espacios con tablas y cortinas; la cocina está integrada a ella o anexa, su mobiliario son sillas, mesas y camas rústicas. El menaje doméstico es diverso, trastos de peltre, barro, plástico, molino de mano, metates, comales de metal y de barro; machetes, hachas, motosierras, coas; la leña es el principal combustible aunque hay estufas de gas.

En lo que a servicios toca, hay luz eléctrica, agua entubada, escuelas de instrucción básica, casas de salud, casa ejidal, casetas telefónicas y templos. Desde luego que hay lugares donde se carece de esos servicios y éstos son los más apartados. A diferencia de los campesinos del valle no usan carretas tiradas por bueyes, se transportan a sus sembradíos o a lugares cercanos a pie o en bestias, usan huaraches y botas de hule, además de sombreros la mayoría porta cachuchas. Como lo estilaban en sus lugares de origen, en sus patios tienen pequeñas hortalizas y cría de aves y marranos. Se alimentan básicamente de maíz, frijól y verduras, consumen con regularidad huevos y en ocasiones especiales carne, han agregado a su dieta cotidiana refrescos, galletas y café. En general, este es el modo de vida que sigue la mayoría.

Los asentamientos

A partir de finales de los setenta la colonización de nativos de Los Altos se inició en varios puntos del municipio de Cintalapa, inmediatamente después lo fue en Jiquipilas, y esto ocurrió de distintas maneras; algunos tzotziles fueron contratados para trabajar como jornaleros en ranchos y fincas y así, unos cuantos fueron residiendo hasta establecer pequeños caseríos, que al transcurrir el tiempo crecieron y por consecuencia reclamaron derecho a tierras ante el gobierno. Tal fue el caso del poblado Benito Juárez, sito en una parte de los terrenos de lo que fue la finca nombrada El Refugio, al norte del municipio de Jiquipilas.

En este lugar, luego de hacer gestiones oficiales allá por 1980, se establecieron algunas familias de tzotziles de Bochil y Solistahuacán que fueron jornaleros de la finca. En un principio su asentamiento fue muy modesto y de traza irregular, lo formaban unas cuantas chozas de bajareque techadas de paja o láminas de cartón, en varios sitios de las viviendas vi temascales. También había un modesto templo adventista. Cercano al caserío se localiza una fuente acuífera, donde se procuraban del vital líquido. En este lugar, en 1982 establecimos una Unidad Cooperativa de Fomento Forestal y Recursos Naturales donde empleamos a varios individuos que se dedicaron al cuidado de un vivero que implementamos para rescatar y fomentar la flora de la región. Esta cooperativa funcionó medianamente y trajo consigo algunas mejoras materiales; construimos un tanque elevado para captación y suministro de agua entubada, introdujimos el programa de alfabetización para adultos, y con los recursos que percibieron los socios de la cooperativa mejoraron sus viviendas y adquirieron utensilios varios así como algunas bestias (burros). El poblado ahora, 23 años después, se ha transformado, dispone de escuelas, dispensario rural, canchas de juego, ya no hay chozas y ni un solo temascal, en las viviendas hay aparatos de sonido, televisores, refrigeradores, bicicletas y uno que otro vehículo. Las nuevas generaciones ya no hablan tzotzil ni se sienten ni llaman *bats'il winiketik*, varios trabajan en Cintalapa y Jiquipilas y los más viejos en sus sementeras.

Casos similares se han dado en otros puntos, como en la exfinca El Paraíso, al nororiente del municipio de Cintalapa, donde de manera inducida se formó durante los noventa el asentamiento nombrado Esperanza de los Pobres, allí, al igual que en Benito Juárez, se inició el caserío con algunas chozas y el siempre presente templo protestante. Este poblado ya ha sido regularizado y el gobierno municipal le suministra servicios y apoyos.

Los poblados de colonos indígenas son ya numerosos y cada uno se ha formado bajo diversas circunstancias, siguiendo una de estas modalidades: dotación, compra o invasión. La historia y trayectoria de cada uno de ellos debe ser registrada y estudiada con atención para poder implementar programas y sugerencias de desarrollo que equilibren la relación hombre-naturaleza. Dentro de los susodichos poblados se cuentan Monte Sinaí–El Fénix, Rafael Cal y Mayor (que es de población

mixta³), Adolfo López Mateos (Pmx), Pilar Espinosa de León, Lázaro Cárdenas (Pmx), José López Portillo, Javier López Moreno, Eloy Borrás (Pmx), Nuevo Jerusalén, Nueva Esperanza, Canaan, Absalón Castellanos Domínguez, Elsy Herrerías de Castellanos, Jorge de la Vega, Francisco Villa I y II, José Castillo Tielmans, Llano Grande (homónimo de la finca sita en el Valle), La Florida (Pmx), El Mirador, Venustiano Carranza, Los Joaquines, Unidad Modelo (Pmx), Benito Juárez I y II, Guadalupe Victoria, Betel, Flor de Chiapas, Ramón E. Balboa, Nueva Maravilla, Monte de los Olivos, Mariano Pérez Díaz, entre otros.

Habiéndose poblado de indígenas las porciones norte y norponiente de Cintalapa, el gobierno estableció que la delegación del extinto Instituto Nacional Indigenista con sede en Ocozacoautla, cubriera y atendiera a los referidos poblados de Cintalapa, y de ese modo se construyeron casas de salud y escuelas de primeras letras, a la vez que brindarían asistencia social y asesoría pecuaria.

No ha sido mi interés por el momento el estudio específico de los asentamientos indígenas de los municipios referidos, mas en mis pesquisas etnológicas y arqueológicas que vengo llevando a cabo en gran parte de ambos territorios, los he considerado a grandes rasgos haciendo registros y entrevistas; no dispongo de momento información cuantitativa (demográfica y territorial) de muchos lugares, mas tengo conocimiento que en las presidencias municipales de ambos municipios hay datos de esa naturaleza que es conveniente procesar y analizar.

Prolijo sería presentar los apuntamientos y notas misceláneas que he registrado en los poblados que he visitado; dispongo de más información de algunos lugares con respecto de otros, de modo que ésta es dispareja. Por ejemplo, cuento con mayores datos del asentamiento que en 1996 se estableció en los terreros montañosos de la finca El Carmen y del ejido Integral. Allí un grupo de tzotziles montó un caserío dándole el nombre de Nuevo Gracias a Dios, por que así se llamaba parte de las tierras del predio que adquirieron. Estaban en lo más alto de la montaña y despejaron varias laderas para hacer sus sembradíos, a la vez que talaron varias áreas para sacar madera que vendían a particulares que

³ En adelante Pmx

les abrieron una brecha hasta el asentamiento para facilitar el traslado de las trozas. Como el negocio les era redituable expandieron su área de acción llegando a los terrenos de Nueva Independencia y Pino Suárez, ocasionando disgustos y fricciones; los campesinos de ambos ejidos aseguraron que los “chamulas”⁴ manifestaban una actitud desafiante a cualquiera que se atrevía a enfrentarlos en razón de que algunos de ellos portaban “buenas armas”. Llegó noticia de esto a las autoridades y los compradores de madera tuvieron que limitar sus acciones y a la larga, por prohibirse la explotación forestal en esta zona, suspender las compras.

Los colonos continuaron en sus habituales labores agrícolas, complementándolas con la cacería y explotando en menor escala las maderas. Como sus milperías las hacen en pronunciadas laderas, su productividad es menor además de que están más expuestas a las plagas, sequía y animales, tanto roedores como aves, sus niveles de subsistencia bajaron y la situación se tornó crítica, pues además de esa penosa circunstancia, la explotación forestal dejó de ser redituable. Trataron de subsanar esa situación empleándose como jornaleros agrícolas en los ejidos circunvecinos, lugares donde además se proveen de materias básicas (sal, azúcar, fósforos, medicina, velas, galletas, gaseosas, etc.), mas como el trabajo es eventual y temporalero, poco lograron.

Transcurrió el tiempo y la crisis se agudizó y fue a finales de 2004 que ocurrió un fenómeno fuera de serie que subsanó su situación de manera inmediata. Siendo plena época de estiaje, en que los recursos escasean, el calor agobia y los insectos acosan sin cesar, uno de los colonos fue presa de delirio y convulsiones que espantó sobremanera a todos los vecinos. Lo atendió el más viejo e instruido del lugar y diagnosticó por sus reacciones que lo que le ocurría al infeliz era un mal nocivo de “locura”, “echado por el diablo”; como coincidiera que otros cayeran presos del mismo mal asegurando haber visto al diablo, y, para colmo de males, dos personas fallecieron a causa de lo referido. Ante esa circunstancia, los colonos, temerosos de que les ocurriera lo mismo, tomaron la decisión de abandonar el asentamiento y bajarse a terre-

⁴ Así llaman los campesinos de la región a todos los indígenas sean o no del estado.

nos inmediatos a la finca El Carmen, donde explicaron al propietario lo ocurrido y que prometían hacer gestiones ante la autoridad para que las tierras que ocuparan fueran indemnizadas y que entretanto podían trabajar como peones para solventar la molestia. Accedió el propietario a la petición y en la actualidad mantiene con los referidos buenas relaciones e incluso los considera y entiende.

Un caso de invasión se presentó en los terrenos montañosos del ejido Tiltepec. Los campesinos de este lugar habían dado a conocer a las autoridades del ejido que en cierto lugar había ya un grupo de “chamulas” que estaban haciendo casas y talando monte. No se sabía el número de ellos y se temía que estuvieran armados, pues los pocos campesinos que se habían aproximado al campamento fueron recibidos con hostilidad. Se acordó en asamblea nombrar una comisión que se ocupara del asunto y se designó a tres personas para que se aproximaran al lugar. Así lo hicieron y al llegar al lugar fueron interceptados y cuestionados ¿qué hacían ahí? A lo que respondieron que se les había perdido una yunta de bueyes y que estaban en su busca. Mientras eso ocurría uno de los comisionados observó atentamente el espacio, su distribución y calculó el número aproximado de moradores. Se les dijo entonces que por allí no había llegado ninguna yunta y se retiraron. De lo observado se dio parte a los ejidatarios y con la información recabada elaboran un plan para desalojarlos. El plan se llevó a cabo una noche en que un numeroso grupo de campesinos acompañados de perros y armados cayó por sorpresa al asentamiento, logrando capturar algunos en tanto que otros emprendieron la huida, terminando así la invasión.

Otro caso similar ocurrió con una familia de tzotziles que se posesionó de un pequeño predio cercano al puente Las Flores (conocido oficialmente como Rogelio Anza) ubicado entre los límites de Ocozacoatlá y Jiquipilas. Allí fincaron una pequeña choza e hicieron su sembrera, donde permanecieron no más de un año. Luego de levantar su cosecha fueron desalojados llevándose sus pocas pertenencias y dejando otras ya usadas (pizcadores, recipientes, ropa y otras menudencias). De hecho, este modesto asentamiento pudo haberse tolerado pero se tuvo el temor de que otros nativos intentaran hacer lo mismo y dar lugar a una invasión de mayores proporciones.

En esta misma área, al lado opuesto del río La Venta, en Jiquipilas, hay varios caseríos de indígenas que con sus tradicionales métodos de agricultura están impactando al medio ambiente y de paso al patrimonio prehispánico, un grupo de estos nativos vecinos de la colonia Cuauhtémoc, ávidos de encontrar tesoros y con el afán de aliviar sus penurias, destruyó un importante monumento prehispánico que se afirma era un observatorio meteorológico de los antiguos zoques.

Los nuevos asentamientos, tanto dirigidos como espontáneos, aparecen con frecuencia en esta región, teniendo los segundos un destino incierto. He visto recientemente en las montañas que se sitúan al norte del municipio de Jiquipilas algunas chozas en cuyas inmediaciones se han practicado diversas rozaduras y como las ejecutan de manera clandestina y en pronunciadas laderas, el fuego se ha extendido al monte ocasionando notorios incendios forestales que no es fácil sofocar. Tal parece que los colonos que ocupan esta zona la abandonarían *motu proprio* por escasez de agua y por las evidentes incomodidades; es seguro que son tzotziles que provienen de los asentamientos que hay cercanos en los límites de Ocozocoautla.

En las proximidades del municipio de Cintalapa, al sur poniente, también en las estribaciones de una pequeña serranía, bastante deforestada, hay un asentamiento de “chamulas” en un predio que adquirieron con un particular, éstos no son evangélicos, los he visto conduciendo vehículos de bajo tonelaje, lo que me induce a suponer que además de agricultores son comerciantes.

Conclusión

La colonización espontánea y dirigida, producto de la migración forzada o inducida, es manifiesta y su consecuencia y efectos son notorios en varias esferas de los órdenes social y natural en el territorio municipal de Cintalapa y Jiquipilas. Es evidente que el crecimiento desmedido de la población rural, especialmente de Los Altos –aunada con una política incompetente de planeación, dirección y procuración, que dicho sea de paso, caracteriza a los diferentes gobernantes que han regido los

destinos de México y Chiapas– busca válvulas de escape no sólo en los espacios urbanos –cuya presencia es ya notoria^{5*}–, sino en áreas marginadas que desde todo concepto resultan inadecuadas para el poblamiento, como lo son los bosques húmedos, serranías y cuanto terreno se he ha etiquetado con el membrete de “nacionales”, así como de las clasificadas “áreas protegidas” y “reservas ecológicas”.

No es la sobrecarga demográfica *per se* el factor sustancial de las migraciones, mas ella refleja los obvios niveles de atraso en que Chiapas marcha en la actualidad; es casi una sentencia fatalista considerar a nuestro estado pobre y marginado, y que sus niveles de progreso e integración nacional ocupan las más bajas escalas. ¿Qué tan cierto es esto? Evidentemente es una exageración; una caracterización como esa requiere de precisiones y convincentes explicaciones. Las generalidades, por su alto nivel de abstracción, corren el riesgo de hacer evidente lo que es obvio, pues sólo se basan en cuantificaciones, pero las cantidades son por supuesto un indicador tangible de anormalidad o desigualdad, que es preciso y saludable corregir o por lo menos investigar con detenimiento en los campos donde más se evidencian sus efectos para saber sus causas e implicaciones, y en consecuencia analizar las probables alternativas que las atenúen o las eviten, no como medida política inmediata, sino como acción conciente y razonada de largo plazo.

Las migraciones y consecuentes colonizaciones que en los municipios referidos han tenido y tienen lugar deben verse no solamente como un molesto problema de expansión humana y depredación ecológica. Sus implicaciones van más allá de esos supuestos, pues si se pasan por alto las causas fundamentales que generan la imperiosa necesidad que da lugar a la movilidad y cambio de vida de los migrantes, únicamente se perciben las manifestaciones inmediatas de un proceso cuyos costes sociales, ambientales e históricos son inconmensurables y que de no darles la debida atención y asistencia ocasionarán daños irreversibles no sólo en los espacios impactados.

⁵ Los “cangureros” se les encuentra hoy día en casi todos los centros urbanos de Chiapas, Cintalapa y Jiquipilas ya muestran en paisaje callejero a varios de ellos, además, el comercio informal que practican está ganando terreno. En ambos poblados se observan “chamulas” vendiendo verduras, frutas y otras mercaderías en las banquetas.

Concluyo estas modestas líneas poniendo de manifiesto que las decisiones políticas, ajenas por completo a las necesidades sociales, pueden, en un momento determinado, modificar las antiguas áreas culturales; pues lo que antes fuera territorio zoque –y mucho antes olmeca– es ahora tierra de tzotziles.